

CAPÍTULO SÉPTIMO

IRAK

IRAK

Por José Luis Calvo Albero

EVOLUCIÓN GENERAL DEL CONFLICTO

El año 2005 ha sido testigo de acontecimientos muy importantes en Irak, tales como las elecciones legislativas de enero, la formación de un nuevo gobierno en primavera, el proceso constitucional que culminó en el referéndum del 15 de octubre o las nuevas elecciones legislativas en diciembre. Pero ninguno de ellos parece haber tenido un carácter decisivo en el desarrollo del conflicto. Las esperanzas en que un gobierno democrático y una constitución mayoritariamente aceptada debilitasen de forma irreversible a la insurgencia, normalizando la vida política del país, no se han llegado a cumplir, al menos de momento.

Pero, en la mayoría de los conflictos, las tendencias suelen ser más importantes que los acontecimientos aislados. Si se estudia el desarrollo del conflicto en Irak como un proceso continuo, pueden detectarse varias tendencias contrapuestas, de cuya suma resulta una situación bastante compleja, que no permite todavía adivinar el desenlace más probable del conflicto.

Desde un punto de vista general los acontecimientos en 2005 han sido mucho más favorables que los del año anterior para los intereses norteamericanos, y también para los de aquellos irakíes que apoyan con sinceridad el proceso de normalización política. Los pasos sucesivos en la construcción de un estado moderno y democrático, aunque no exentos de sombras, han proporcionado mayor legitimidad a la presencia de fuerzas extranjeras; tanto en el interior del país como ante la opinión pública

internacional. Los insurgentes, aunque han mantenido un notable nivel de actividad, no han sido capaces de boicotear ninguno de los procesos políticos emprendidos, ni tampoco de emprender grandes operaciones, como la ocupación de Faluya o Mosul en el año anterior.

La administración Bush, liberada ya de las presiones propias de las elecciones presidenciales de 2004, ha dispuesto de mayor libertad de acción para conducir el conflicto. Y la experiencia de errores anteriores se ha asumido, en general provechosamente, proporcionando una conducción estratégica más racional. Sobre el terreno, las fuerzas norteamericanas se han beneficiado del incremento en el número y preparación de policías y soldados irakíes, lo que les ha permitido liberar unidades de tareas rutinarias para dedicarlas a acciones ofensivas contra las áreas rebeldes. La sucesión de estas ofensivas a lo largo del año probablemente ha impedido a la insurgencia organizarse lo suficiente como para lanzar operaciones de gran entidad. También se ha conseguido causar bajas significativas en los cuadros de mando insurgentes de nivel medio, e incluso en algunos de alto nivel, lo que se ha traducido en una mayor dificultad para los rebeldes a la hora de emprender acciones coordinadas.

Pero este panorama optimista, aunque sustentado en hechos reales, no deja de ser solo una visión parcial. Junto a estas tendencias esperanzadoras coexisten otras muy preocupantes. El proceso político ha mostrado la complejidad de la sociedad irakí, y las diferencias religiosas y étnicas se han incrementado hasta un nivel próximo al estallido violento. La constitución aprobada en octubre, fruto de un frágil consenso entre chiíes y kurdos, al que no se han unido la mayoría de los grupos sunníes, deja en el aire muchos interrogantes sobre el modelo de estado al que aspiran unos y otros.

La insurgencia no ha conseguido fortalecerse de forma significativa, aunque tampoco se ha debilitado. Queda ya clara su composición sunní, apoyada por voluntarios «yihadistas» extranjeros. Precisamente, la presencia creciente de estos últimos ha provocado tensiones en el seno de los grupos insurgentes, que han llegado en ocasiones hasta el enfrentamiento armado interno. Pero la capacidad de los rebeldes para mantener una devastadora actividad cotidiana, sembrada de ataques terroristas suicidas, coches bomba, sabotajes y emboscadas, permanece tan alta como siempre. Especialmente preocupante es el empeño de los voluntarios extranjeros en sumir en el caos al país provocando una guerra civil. De hecho esa guerra civil se está produciendo ya, sobre el terreno, con un

proceso de limpieza étnica, aplicado por todas las partes, que deja cada semana decenas de cadáveres maniatados y abandonados en las carreteras.

Las opiniones públicas occidentales, entre ellas la norteamericana, comienzan también a mostrar cierto cansancio ante el conflicto. Aunque el movimiento antibelicista en EEUU no es ni remotamente comparable con el que se produjo durante la Guerra de Vietnam, no ha parado de fortalecerse en el último año. La mayoría de los aliados con tropas sobre el terreno han reducido éstas de forma significativa, o han abandonado el país. Incluso en EEUU y Gran Bretaña, muchas voces se alzan pidiendo un calendario preciso para la retirada de las tropas de suelo irakí, retirada que, según las últimas declaraciones del Presidente Bush comenzará en 2006, aunque siempre en función de los acontecimientos sobre el terreno.

Podría decirse que, en el momento actual (finales de 2005) ambos bandos contendientes están aplicando una estrategia de desgaste. Los gobiernos norteamericano e irakí esperan que los progresos políticos, y la constante presión militar, socaven el apoyo a la insurgencia, forzando a los sunníes más moderados a unirse al proceso político, y convirtiendo en marginales a los grupos armados extranjeros. Por su parte los insurgentes continúan con su lenta pero inexorable campaña terrorista, con la esperanza de que los constantes atentados, sabotajes y asesinatos hagan imposible la normalización política y económica del país; y terminen por provocar la retirada de unas fuerzas norteamericanas desilusionadas y exhaustas. En el extremo más peligroso de la estrategia insurgente se encuentra la intención de provocar una guerra civil, que suma el país en el caos y sirva a los intereses desestabilizadores de los grupos «yihadistas», dentro de una estrategia global de lucha contra Occidente y los regímenes moderados del mundo musulmán.

LAS ELECCIONES DE ENERO Y LA FORMACIÓN DE GOBIERNO. CONSECUENCIAS SOBRE EL CONFLICTO

Las elecciones celebradas el 30 de enero de 2005 se consideraron un hito decisivo dentro de la normalización política del país, y en ellas había puesto muchas esperanzas la Administración Bush. Los resultados fueron, en principio, mucho mejor de lo esperado. Votó casi un 60% de los electores censados y los insurgentes no fueron capaces de romper el proceso con un golpe espectacular, aunque lo intentaron con ahínco. En enero murieron

más de 120 soldados de la coalición, junto con otros 120 policías y soldados irakíes y centenares de civiles; solo el 30 de enero se registraron 40 muertes por actos violentos. Pero los diferentes grupos que componían la insurgencia se encontraban debilitados después de la ofensiva norteamericana en Fallujah, (noviembre de 2004) y de haberse visto obligados a mantener un nivel muy alto de actividad desde septiembre del año anterior.

Chiítas y kurdos votaron masivamente; en algunas localidades se superó el 90% de participación ante el llamamiento de los *ayatollahs* al voto como un deber religioso. En las zonas sunnitas la participación fue mucho menor. En algunas provincias, como la conflictiva Al Anbar, en el Oeste de Bagdad, fue prácticamente imposible organizar los comicios; en otras la abstención fue la tónica entre los electores sunnies, bien por convicción, bien por miedo. Pero, dado que la suma de poblaciones kurda y chií supone más del 75% de la población irakí, mientras los sunnitas apenas llegan al 20%, los resultados generales fueron más que aceptables para una recién estrenada democracia sometida a una precaria situación de seguridad.

Pero el entusiasmo por el moderado éxito de las elecciones pronto se vio empañado por las dificultades para formar gobierno, y por la progresiva sensación de aislamiento de la población sunní.

La Alianza Irakí Unida, coalición que agrupaba a la mayor parte de los partidos chiíes, y que gozaba del apoyo explícito del Gran Ayatollah Ali Sistani, obtuvo el 48% de los votos. Los principales partidos kurdos, la Unión Patriótica del Kurdistan (UPK) de Jalal Talabani y el Partido Democrático Kurdo (PDK) de Masud Barzani, se presentaron también unidos, obteniendo entre ambos un 26% de los sufragios. La alianza de partidos laicos y moderados, liderados por el Primer Ministro Alawi fue la gran derrotada, con solo un 14% del voto total. La Alianza Unida se hizo con 140 de los 275 escaños parlamentarios en juego, obteniendo la mayoría absoluta. Pero en la compleja maquinaria política irakí, diseñada para evitar el dominio de un grupo sobre los demás, esa mayoría era de poca utilidad, tanto para formar gobierno como para afrontar la redacción de la constitución. La Ley Administrativa Transitoria de 2004 establece un respaldo parlamentario de al menos dos tercios de la Cámara para la aprobación de ambos procesos, lo que forzaba a una alianza con los grupos kurdos, que se habían hecho finalmente con 75 escaños.

La relación entre grupos políticos kurdos y chiíes fue difícil desde el principio, aparte de que elevó espectacularmente la alarma de la comunidad sunní y su hostilidad hacia el nuevo gobierno. Chiíes y kurdos com-

partieron el calvario sufrido bajo el régimen de Sadam Hussein, en el que fueron reprimidos, perseguidos y masacrados en numerosas ocasiones. Pero sus coincidencias terminan ahí.

Los kurdos persiguen la máxima autonomía dentro del estado irakí, y no han olvidado su viejo sueño de un estado independiente que unifique a toda la población kurda que vive actualmente en Irak, Turquía, Siria e Irán. Sus ambiciones a más corto plazo pasan por el control de los ricos yacimientos de petróleo en torno a Mosul y Kirkuk, y por la recuperación de esta última ciudad como capital del Kurdistan, después de la política de colonización árabe llevada a cabo por Saddam. Los kurdos no son árabes y, aunque musulmanes sunníes en su mayoría, se muestran poco entusiasmados por un estado excesivamente lastrado por principios religiosos.

Los grupos chiítas que formaron la Alianza Unida, sin embargo, tienen como meta la creación de un estado de corte islámico, aunque el grado deseado de aplicación de la «Sharia», o ley islámica, varía mucho de unos grupos a otros. Al contrario que los kurdos, los chiíes creen en un Irak unido, y ven con muy malos ojos las veleidades separatistas. Paradójicamente, en uno de esos complejos juegos de afinidades y enemistades que se dan a veces en Oriente Medio, los chiíes irakíes, étnica y culturalmente árabes, están mucho más próximos a los árabes sunníes que a los kurdos.

Dadas estas diferencias, la formación de gobierno se alargó durante mes y medio, no haciéndose parcialmente efectiva hasta mediados de abril. Aún así, la falta de acuerdo entre chiíes y kurdos dejó provisionalmente vacantes cinco ministerios, entre ellos los de Defensa y Petróleo, junto con Industria, Electricidad y Derechos Humanos. El relativo vacío de poder fue aprovechado por los insurgentes para recuperarse y, prácticamente al mismo tiempo que tomaba posesión en nuevo gobierno, (finales de abril) estuvieron en condiciones de lanzar una devastadora campaña de atentados, que se prolongó hasta bien entrado el mes de mayo.

Los acuerdos entre grupos chiíes y kurdos contemplaban el nombramiento del kurdo Jalal Talabani, líder de la UPK como Presidente de la nación, cargo más bien representativo, mientras que el chií Ibrahim Al Jaafari, hasta entonces portavoz del partido Al Dawa, fue nombrado Primer Ministro. El nombramiento de Jaafari fue visto con suspicacia, tanto por parte de los grupos sunníes como de los norteamericanos. El Partido Dawa ha estado tradicionalmente ligado al apoyo de Irán y, durante la larga guerra irano-irakí combatió activamente desde suelo iraní contra las tropas de Sadam. Después de la Guerra del Golfo la milicia Dawa

siguió operando desde bases en Irán para llevar a cabo incursiones y actos terroristas en Irak. La presencia un miembro de Al Dawa al frente del ejecutivo proyectó la larga sombra del régimen iraní sobre los acontecimientos políticos en el país vecino.

Una sorpresa fue la designación de Ahmed Chalabi, primero como Ministro interino del Petróleo y después como Viceprimer Ministro. Pese a que Chalabi está desacreditado por sus sucesivos escándalos financieros; ha sido perseguido por la CIA, a la que engañó antes de la guerra sobre la producción irakí de armas de destrucción de masiva; y es considerado además un charlatán sin escrúpulos por prácticamente toda la clase política irakí, encontró la forma de ocupar y mantener puestos relevantes en el nuevo gobierno. Algunos apuntan a sus contactos en Irán para explicar esta increíble capacidad de supervivencia.

Como portavoz del gobierno fue nombrado un sunní, Hajim Al Asan, uno de los moderados que formaba parte de la coalición de Alawi. Pero no hubo más representación sunní en el nuevo gobierno, pese a que se llegó a especular con la posibilidad de ofrecer la cartera de defensa a un miembro de esta minoría. La formación de este gobierno fue interpretada por la comunidad sunní como la materialización de todos sus temores: la pérdida definitiva de cualquier influencia política en un Irak dominado por chiíes y kurdos. Algunos líderes sunníes culparon de esta situación a la negativa a participar en las legislativas, pero otros señalaron que, incluso con plena participación, poco se podía hacer frente a la masiva superioridad demográfica de los otros grupos.

Las elecciones abrieron la esperanza de que un nuevo Irak era posible, pero también contribuyeron a aumentar la hostilidad de la minoría sunní, y a dejar en evidencia la disparidad de puntos de vista sobre el futuro del país que mantenían los diferentes grupos políticos. Aunque la insurgencia pareció debilitada en un primer momento, el resentimiento sunní tras la formación del nuevo gobierno probablemente contribuyó a alimentarla.

LAS OFENSIVAS NORTEAMERICANAS Y LAS REACCIONES DE LA INSURGENCIA

Evolución de la situación para las fuerzas multinacionales

A principios del año 2005 el número de policías y militares irakíes en activo superaba los 120.000. Pese a que su fiabilidad era baja, algunas

unidades se habían comportado aceptablemente en las ofensivas norteamericanas de finales de 2004, como las de Samarra y Fallujah. La existencia de esta fuerza permitió a los norteamericanos liberar a parte de sus unidades de las rutinarias tareas de patrulla y control, para lanzarlas a actividades más ofensivas.

El objetivo principal que se fijaron las fuerzas norteamericanas fue debilitar la insurgencia en Al Anbar, provincia fronteriza con Siria, al Oeste de Bagdad, en la que los insurgentes habían organizado una compleja red de entrenamiento, logística y tráfico de personal y armas a través de la porosa frontera con Siria. La toma de Fallujah había debilitado ya la estructura regional de los insurgentes, pero muchos de ellos se habían refugiado en la vecina Ramadi, manteniéndola prácticamente bajo su control. Además, muchas pequeñas ciudades que se encuentran sobre el cauce del río Éufrates, cercanas a la frontera con Siria, como Qaim, Qusayba, Karabila o Haditah estaban bajo el control insurgente, aparte del importante nudo estratégico de Tall Afar, situado más al Norte, próximo a Mosul.

Conscientes de la movilidad de los insurgentes, que les permite abandonar el terreno cuando detectan los preparativos para una gran ofensiva, las fuerzas norteamericanas decidieron lanzar operaciones más pequeñas y más fáciles de disimular. La unidad típica para este tipo de operaciones era la «Task Force», una combinación de infantería, carros de combate, artillería y zapadores con una entidad de unos 1000 combatientes. A esta «Task Force» se le agregaba siempre uno o dos batallones del ejército irakí. En ocasiones, para operaciones de envergadura se concentraron fuerzas mayores. La ofensiva contra Tall Afar en septiembre reunió a más 3.500 soldados y marines norteamericanos y a otros tantos irakíes.

Las ofensivas norteamericanas en Al Anbar pretendían ser rápidas, cortar las rutas logísticas de los insurgentes, localizar y destruir los talleres de fabricación de coches bomba y eliminar a los líderes intermedios de la insurgencia. Su éxito fue notable en algunas ocasiones, y más moderado en otras. En general, el problema que encontraban las fuerzas norteamericanas era el mismo que en Vietnam. Los insurgentes luchaban brevemente, y después abandonaban las ciudades atacadas, o bien se diluían entre la población. Cuando las tropas norteamericanas dejaban la ciudad, para ser sustituidos por fuerzas irakíes, los insurgentes regresaban, asesinaban a los mandos policiales o militares, desbandaban a las unidades y retomaban el control de la localidad.

Pese a este problema las ofensivas norteamericanas causaron graves problemas a los insurgentes. La cadena logística que permite la fabricación y transporte de coches bomba quedó muy debilitada en ocasiones, reduciéndose drásticamente la cifra de ataques utilizando este método. Muchos mandos intermedios e incluso algunos de alto nivel, murieron o fueron capturados. Y, sobre todo, los continuos ataques obligaron a los insurgentes a mantener la dispersión y el movimiento constantes, impidiéndoles disfrutar de un periodo de reorganización para lanzar ofensivas de entidad. No obstante, la insurgencia fue capaz de mantener su reducido principal en Ramadi, y de infiltrarse de nuevo en la mayoría de las ciudades previamente ocupadas por las tropas de EEUU.

Un segundo objetivo norteamericano fue mantener la seguridad en Bagdad, donde los atentados en abril y mayo alcanzaron un nivel nunca antes visto, haciendo prácticamente imposible la vida normal de la ciudad. En junio se lanzó una importante operación de limpieza (Operación *Lightning*), que gozó de un gran despliegue publicitario por parte del gobierno irakí y en la que presuntamente participaron unos 40.000 efectivos de la policía y el ejército. Los ataques se redujeron durante algunas semanas, pero después recuperaron su trágico ritmo habitual. Las fuerzas norteamericanas concentraron sus esfuerzos en los barrios al oeste de la capital, prácticamente controlados por los insurgentes pero, por el momento, esos esfuerzos no han obtenido resultados apreciables.

En Mosul las tropas norteamericanas tuvieron un éxito mayor. Tras reconquistar la ciudad, lograron desarticular gran parte de la infraestructura insurgente, incluyendo algunas células de Al Qaeda. Incluso Al Zarquawi se lamentaba, en algunas cartas capturadas, de la desorganización de la insurgencia en Mosul. En el Sur de Bagdad y en las ciudades del «triángulo sunní» como Baquba, Samarra o Balad, la situación permanece muy similar a la del año anterior, con los insurgentes dominando grandes áreas, aunque con presencia también habitual de las fuerzas del gobierno.

La situación en la zona de Basora, bajo control británico, se ha deteriorado moderadamente. Las tropas británicas tuvieron que hacer frente a nuevas revueltas de las milicias del Mahdi, seguidoras del clérigo Moqtada Al Sadr y, sobre todo, a una ola de ataques con artefactos explosivos improvisados muy sofisticados, que les ocasionó un número inhabitual de bajas. El gobierno británico llegó a señalar a Irán como responsable de la fabricación de estos artefactos, dado que parecía poco probable que los mal instruidos milicianos de Al Sadr pudiesen hacerlo.

Los contingentes aliados de EEUU disminuyeron en número e importancia a lo largo de 2005. Algunos países, como Holanda, decidieron retirar sus fuerzas, tras dos años de presencia, otros, como Ucrania o Bulgaria, se encuentran en ese proceso, y alguno más como Polonia, ha reducido sensiblemente su presencia militar. Incluso en Reino Unido e Italia, los dos aliados más firmes de EEUU y con mayor presencia militar en el país, los rumores y desmentidos sobre reducciones y retiradas de fuerzas son constantes. El Presidente italiano, Berlusconi se enfrenta, en vísperas de elecciones, al poco apoyo de la opinión pública de su país a la presencia en Irak. En Reino Unido, el gobierno y la cúpula militar parecen estar orientando sus esfuerzos hacia Afganistán, escenario donde todavía parece posible una solución favorable, juzgando que hay pocas posibilidades de enderezar el conflicto irakí. En noviembre, el propio Primer Ministro Tony Blair anunciaba una posible reducción de tropas británicas en Irak para 2006, aunque siempre en función de los acontecimientos sobre el terreno.

En el frente interno de la opinión pública norteamericana, la situación también se degrada, aunque no tanto como a veces parece desprenderse de los medios de comunicación. Tras su fácil victoria en las presidenciales de 2004, el Presidente Bush ha caído a sus cotas más bajas de popularidad a finales de octubre de 2005, aunque los acontecimientos en Irak son solo una de las razones para este fenómeno. Las encuestas más recientes muestran que la proporción de norteamericanos que considera que la guerra fue un error aumenta progresivamente, y en algunos sondeos se encuentra por encima del 50%. Con todo, los movimientos de oposición abierta son todavía minoritarios, pese a que en agosto, la madre de un soldado caído en Irak, Cindy Sheehan, lideró una serie de acciones de protesta que tuvieron una importante repercusión popular. En general, la mayor parte de los norteamericanos está desanimada con la marcha del conflicto, pero no quieren que se repita la situación de la Guerra de Vietnam, en la que los movimientos de protesta salvaje llegaron provocar una auténtica fractura nacional. A esta moderación de la opinión pública contribuye el hecho de que las bajas mortales norteamericanas, aunque cerca de las 2.200 a finales de año, se mantienen todavía en un nivel relativamente soportable.

La estrategia y los procedimientos de los insurgentes

La actividad de los grupos insurgentes decayó ligeramente en febrero y marzo, aunque los actos terroristas y los ataques contra las fuerzas de seguridad irakíes mantuvieron una moderada frecuencia e intensidad.

Los duros combates en Faluya, Samarra y Mosul a finales del año anterior, unidos a las ofensivas norteamericanas en Al Anbar, probablemente provocaron un debilitamiento de lo que podría denominarse «insurgencia autóctona», es decir la mezcla de grupos afines al Baas y tribus sunnís de origen irakí, que intentan establecer su control sobre determinadas ciudades y territorios. Sin embargo, la insurgencia «foránea», es decir la compuesta por voluntarios yihadistas extranjeros, que utiliza fundamentalmente el terrorismo masivo como arma, no solo no se debilitó, sino que aumentó su importancia relativa dentro del movimiento insurgente.

La composición y naturaleza exacta de la insurgencia es algo todavía difícil de determinar. En general se admite la diferencia entre insurgentes «autóctonos» y «foráneos», aunque resulta difícil establecer la importancia relativa de cada grupo, sus conexiones y su organización aún de forma aproximada.

En los primeros meses de actividad insurgente solía señalarse a Ezzat Ibrahim, uno de los lugartenientes de Saddam (1), como el cerebro del movimiento, y se suponía que existía un núcleo insurgente compuesto por antiguos miembros del partido *Baas*. La financiación se aseguraba a través de los fondos desviados previamente por el régimen, y por las donaciones de muchos prósperos hombres de negocios sunnís, próximos al régimen de Saddam y ahora exiliados en Siria y Jordania. Los grupos insurgentes sunnís adoptaron diversos nombres, pero pronto apareció *Ansar al Sunna* como la organización más potente y representativa de este sector de la insurgencia. No obstante, la insurgencia se articula en innumerables grupos semi-independientes,

Entre los grupos de voluntarios extranjeros que llegaron para combatir contra EEUU pronto destacó el liderado por el jordano Abu Mussab Al Zarquawi, denominado *Tawhid and Jihad*. Zarquawi, también conocido como «el cojo» por una herida en combate, estaba en Afganistán liderando un campo de entrenamiento cuando se produjo el ataque norteamericano. Consiguió huir herido y se convirtió en un personaje de leyenda, en parte alimentada por los propios norteamericanos. Lo cierto es que, en algunos momentos, las informaciones procedentes de EEUU parecen presuponer que toda la insurgencia está en manos de Al Zarquawi, cuando

(1) A mediados de noviembre de 2005 se difundió la noticia de la muerte de Ezzat Ibrahim, aunque su autenticidad no está clara. Enfermo de cáncer, los rumores previos apuntaban a un grave empeoramiento de su salud durante el último año.

su influencia real resulta bastante discutible. La costumbre de *Tawhid and Jihad* de reivindicar sistemáticamente cualquier atentado de cierta entidad, así como las decapitaciones públicas de algunos rehenes occidentales han ayudado a prestar notoriedad al grupo. A finales del año pasado, el propio Osama Bin Laden, reconoció a Al Zarquawi como el representante de Al Qaeda en Irak

En realidad el porcentaje de extranjeros entre los prisioneros capturados por EEUU siempre ha estado por debajo del 8% del total y las cifras más altas señalan, que quizás un 10% de toda la insurgencia esté compuesta por voluntarios yihadistas. Pero la importancia de estos grupos es grande en diversos aspectos. Quizás el más importante sea el del reclutamiento de voluntarios suicidas. Aquí las estadísticas se invierten y se calcula que solo el 10% de los ataques suicidas han sido llevados a cabo por irakíes. Si se tiene en cuenta que en los primeros 8 meses de 2005 se llevaron a cabo más de 500 atentados suicidas en el país, se comprende que existe una potente y preocupante corriente de voluntarios dispuestos al suicidio, procedentes de diversos lugares del mundo musulmán. La constatación de que algunos de ellos proceden también de las minorías musulmanas residentes en Europa ha sembrado la alarma entre los gobiernos del Viejo Continente.

No menos importante es la experiencia militar que los yihadistas aportan a la insurgencia. Aunque muchos de ellos apenas tienen entrenamiento militar, existe una minoría de «técnicos» muy bien adiestrados y con experiencia adquirida en otros conflictos, como Chechenia, Cachemira, Afganistán o Palestina. La labor de enseñanza y entrenamiento de estos especialistas, junto con la procedente de los antiguos militares de Sadam, es uno de los puntales que permite a la insurgencia sobrevivir y adaptarse a la lucha contra un ejército tan potente y sofisticado como el norteamericano.

Los procedimientos de la insurgencia se han perfeccionado con el tiempo, y con la dura experiencia del enfrentamiento con la devastadora potencia de fuego norteamericana. En general, los insurgentes se han mostrado durante 2005 menos dispuestos a afrontar combates de cierta intensidad, incluso en áreas urbanas. La experiencia de la segunda batalla de Fallujah, en la que sufrieron fuertes bajas, les ha hecho adoptar una actitud más cauta.

En el enfrentamiento contra las tropas norteamericanas los procedimientos se han orientado hacia los ataques a distancia, mediante artefac-

tos explosivos improvisados (IED,s) (2) y francotiradores. Los IED,s han provocado más de la mitad de las muertes norteamericanas en combate durante 2005, y se han convertido en un problema de muy difícil resolución.

Un IED consiste normalmente en un explosivo, normalmente una granada de artillería o mortero recuperada de los repletos arsenales previos a la guerra, al que se le aplica un mecanismo de detonación eléctrica. El artefacto se oculta en las inmediaciones de una carretera y se hace detonar al paso de cualquier patrulla, bien mediante un cable y una batería o, más frecuentemente, mediante un control remoto, que puede ser incluso un teléfono móvil, o el mando a distancia de un garaje. La utilización de estos artefactos permite a los atacantes permanecer ocultos y alejados durante el ataque, protegiéndoles de la respuesta enemiga y facilitando su huida.

Las fuerzas norteamericanas pronto aplicaron contramedidas contra estos artefactos. Desde aumentar la distancia entre vehículos, o reforzar su protección, hasta utilizar perturbadores de frecuencias para anular los sistemas de activación remota. Pero los insurgentes han sido capaces de perfeccionar sus IED,s más rápido de lo que los norteamericanos lo hacían con sus contramedidas. Han utilizado para ello la combinación de diferentes métodos de activación, el aumento de las cargas explosivas y su conformación para penetrar incluso los blindajes más gruesos.

El propio Secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, quedó en una situación comprometida cuando, durante una visita a la zona de operaciones, tuvo que hacer frente al enojo de un soldado que le preguntaba por qué el ejército más poderoso del mundo se veía obligado a rebuscar entre la chatarra, para proteger sus vehículos contra los IED,s. Las quejas en el frente llevaron a un costoso programa de reforzamiento general del blindaje de los vehículos del Ejército y los *marines*, que incluía la compra de más de 20.000 nuevos «*Humvee*» (3) blindados. Pese a todo, las bajas por este tipo de ataque siguen aumentando, y en ocasiones de forma dramática. Los IED plantean un problema de difícil resolución, al que ya se enfrentó Israel en su lucha contra *Hezbollah* en el Sur del Líbano durante los años 90, sin llegar a encontrar contramedidas plenamente eficaces.

(2) IED es el acrónimo de *Improvised Explosive Device*, artefacto explosivo improvisado en inglés.

(3) *Humvee* es el apodo popular del HMWV (*High Mobility Wheeled Vehicle*) vehículo ligero reglamentario en las Fuerzas Armadas Norteamericanas.

En 2005 han aparecido cada vez con más frecuencia francotiradores en el bando insurgente. Se trata también de un fenómeno preocupante, pues un francotirador necesita un entrenamiento muy especializado, y su aparición en combate significa que la insurgencia está en condiciones de proporcionar ese entrenamiento en algún lugar. Pese a que el número de francotiradores debe ser reducido, y sus acciones limitadas, su aparición ha supuesto un duro golpe para las fuerzas norteamericanas. Además, los francotiradores presentan la cara «limpia» y precisa de la insurgencia ante la población civil, harta de brutales atentados indiscriminados.

Pero el rostro habitual de la insurgencia sigue estando relacionado con los atentados terroristas. Suicidas y coches bombas han provocado las mayores masacres en el país durante 2005. Los ataques suicidas han llegado a alcanzar una frecuencia devastadora. En mayo, tras la toma de posesión del nuevo gobierno, se registraron casi un centenar de atentados suicidas. Los centros de reclutamiento del ejército y la policía irakí, junto con las comisarías y los controles de carretera, se han llevado la peor parte en esta brutal embestida terrorista. Pero en la mayor parte de las ocasiones la inmensa mayoría de las víctimas son civiles, incluso cuando el objetivo es una instalación policial o militar.

Durante este año, el número de ataques dirigidos contra simples civiles ha aumentado dramáticamente. Las zonas chiíes cercanas al triángulo sunní, como Hilla, Baquba o el barrio Al Sadr de Bagdad han sido especialmente castigadas por suicidas y coches bomba que masacraban a la población civil en mercados o a la salida de las mezquitas. La estrategia aplicada por los grupos yihadistas de provocar a los chiíes para desatar una guerra civil está detrás de estas acciones, que marcan una tendencia especialmente preocupante del conflicto.

Pero incluso más preocupante es el fenómeno de los secuestros y asesinatos masivos en las zonas en las que se mezclan poblaciones de distintas etnias y religiones. El fenómeno comenzó a gran escala el año pasado en Mosul, cuando la ciudad fue prácticamente ocupada, en noviembre, por grupos insurgentes. Cada día comenzaron a aparecer en las calles de la ciudad docenas de cadáveres, maniatados y ejecutados de un disparo en la cabeza. La mayoría de las personas asesinadas eran inicialmente soldados o policías, y después civiles kurdos o chiíes.

El fenómeno se generalizó a las zonas en las que conviven sunníes y chiíes, especialmente al sur de Bagdad, y no ha cesado de incrementarse desde entonces. Raro es el día en el que no aparecen cadáveres de per-

sonas asesinadas en las afueras de alguna ciudad, en las orillas de los ríos o en los basureros. Inicialmente la mayoría de las víctimas eran chiíes, pero pronto comenzaron a aparecer también sunníes, lo que indicaba que las milicias chiíes estaban reaccionando. De hecho ambos grupos religiosos se han acusado mutuamente de limpieza étnica, y lo cierto es que ésta es ya un hecho en algunas zonas. En ocasiones se ha llegado al enfrentamiento abierto, como en octubre, cuando un grupo de milicianos de Al Sadr, que alegaban iban a rescatar a varios rehenes, se enfrentaron con grupos insurgentes al Sur de Bagdad con el resultado de más de 20 muertos.

Pese a que la actitud de la población chií ante estos actos ha sido en general muy contenida, debido en parte al llamamiento de los líderes religiosos a la calma, se han alzado algunas voces reclamando el reforzamiento de las milicias, dada la incapacidad policial para poner fin a esta situación. Este paso supondría la deslegitimación del gobierno y la entrega de la seguridad a los grupos más extremistas, lo cual desembocaría inevitablemente en una guerra civil, sirviendo con ello a los más oscuros propósitos de los yihadistas internacionales.

EL PROCESO CONSTITUCIONAL Y LAS ELECCIONES LEGISLATIVAS DE DICIEMBRE

La hostilidad sunní hacia el nuevo gobierno llegó al máximo cuando el nuevo parlamento eligió, a mediados de mayo, a la comisión encargada de redactar el borrador de la Constitución. De los 55 miembros 28 eran chiíes, 15 kurdos, 8 pertenecían al grupo de Alawi y los cuatro restantes eran un cristiano, un turcomano, un comunista y un sunní.

La representación sunní en el comité constitucional quedaba así en dos representantes sobre 55 (otro sunní estaba incluido en los representantes de la Alianza de Allawi), mientras que los escaños sunníes en el Parlamento ascendían a 17 sobre 275. Evidentemente esta situación no satisfacía en absoluto a la comunidad sunní, que ha ejercido tradicionalmente un papel dominante en la política del país. Tan escasa representación constituía una certeza absoluta en que la Constitución será rechazada de plano en las provincias en las que esta comunidad era mayoría.

La diplomacia norteamericana era consciente de que, sin integrar al menos parcialmente a los sunníes, la Constitución estaría condenada. En el referéndum previsto tras la aprobación del borrador por el Parlamento,

un rechazo de las dos terceras partes de los votantes en al menos tres de las provincias irakíes supondría la anulación del texto sometido a consulta. En consecuencia Washington aumentó su presión para que se aumentase la representación sunní, al tiempo que mantenía su exigencia de que el borrador del texto constitucional estuviese listo para el 15 de agosto.

Lo cierto es que las presiones norteamericanas sobre la representación sunní y los plazos para la redacción del texto fueron después muy criticadas, incluso desde el propio gobierno irakí. Pero la conducta de Washington resultaba también justificable. Sin esas presiones los sunníes hubieran sido relegados y las discusiones sobre el texto se hubieran alargado hasta el infinito, proporcionando a los insurgentes un útil tiempo muerto para incrementar su actividad.

Finalmente, tras diversos tiras y aflojas, la mayoría kurda y chií aceptó incluir a 15 representantes adicionales sunníes en el comité constitucional, elevando su número a 17. Además, se incluyeron otros 10 representantes sunníes, pero con el único papel de observadores. Pero la elección de esos representantes no fue nada fácil, en parte porque la representación política sunní está muy fragmentada y debilitada tras la desaparición del partido Baas, en parte por el miedo de los posibles candidatos a represalias de la insurgencia y, también en parte, porque los grupos chiíes acusaron a varios de los representantes de haber sido miembros del Baas. El caso es que el nombramiento se retrasó hasta julio y, pocos días después, dos de los representantes elegidos eran asesinados por la insurgencia. El resto de los representantes se retiró del comité, hasta que no se garantizase su protección, y hasta finales de julio fue imposible convencerles para regresar.

Todas estas dificultades, unidas a los desacuerdos entre chiíes y kurdos, retrasaron la redacción del texto constitucional. En agosto se estuvo a punto de retrasar seis meses la presentación del borrador al Parlamento, pero las presiones norteamericanas lo impidieron. Los kurdos exigían una autonomía casi al límite de lo aceptable, y algunos grupos chiíes propusieron crear una federación similar en el Sur, horrorizando a los representantes sunníes. El tema de la influencia religiosa fue también especialmente controvertido, aceptándose finalmente una forma similar a la de la Constitución afgana, que señala que ninguna ley puede ir contra el Islam y sus preceptos.

Como resultó imposible cumplir con el plazo del 15 de agosto para la redacción del texto final, se aplicó una prórroga de una semana, seguida

por otra hasta el 28 de agosto. Ese día, el Parlamento aprobó un texto que contenía ambigüedades y vacíos (los términos exactos del federalismo, por ejemplo), que se acordó dejar para discusiones posteriores. Los parlamentarios sunnís se opusieron con mayor o menor fuerza al texto constitucional y, en general, recomendaron el voto negativo en el referéndum previsto para el 15 de octubre.

Los ciudadanos irakíes no dispusieron de mucho tiempo para estudiar un texto constitucional que, por otra parte, tampoco aclaraba muchos puntos. Pese a todo, el 15 de octubre acudieron a votar en proporciones incluso superiores a las de enero, incluyendo a los electores de muchas zonas sunnís. Pocos días antes del referéndum, EEUU y NNUU tuvieron que presionar de nuevo al gobierno iraquí, que pretendía aprobar una modificación a la Ley Electoral por la que la Constitución solo sería rechazada si en al menos tres provincias votaban negativamente dos tercios de los electores censados, y no de los votantes efectivos.

Este intento demostraba el temor del Gobierno a un rechazo en las zonas sunnís y, efectivamente éste se produjo y estuvo a punto de bloquear el proceso constitucional. En las provincias de Al Anbar y Sala Ah Din, de mayoría sunní, se produjo un rechazo masivo, que en la primera llegó hasta el 97%. En Nínive, el voto negativo se quedó en el 56%, lo que significó que, con un 11% más (unos 80.000 votos) el texto constitucional hubiera sido rechazado. En el nivel nacional los votos afirmativos alcanzaron un porcentaje del 79% y los negativos del 21%, cifras que representan de forma bastante ajustada la proporción de población chií y kurda frente a la sunní.

Como era de esperar los insurgentes aumentaron su actividad en las fechas próximas al referéndum, pero en esta ocasión sus ataques no se centraron tanto en la organización electoral como en las fuerzas norteamericanas. 96 soldados de EEUU murieron en octubre, convirtiendo este mes en el segundo más sangriento del año.

El proceso de aprobación de la constitución combina aspectos positivos y negativos. Por un lado la mera ejecución del proceso constituye ya un éxito, mientras que por primera vez se han hecho serios esfuerzos por incluir a representantes políticos sunnís en los órganos políticos. Pero los constantes problemas surgidos en la redacción, la ambigüedad del texto final y la confusión y escasa solidez demostrada por las instituciones políticas irakíes crean serias dudas sobre la capacidad para establecer un régimen mínimamente democrático y moderno en el país.

Al referéndum de octubre siguió rápidamente la disolución del Parlamento y la preparación para las elecciones legislativas de diciembre. El nivel de actividad de la insurgencia se mantuvo como de costumbre, pero en esta ocasión se redujeron los ataques contra la infraestructura electoral. De hecho, algunos grupos insurgentes proclamaron abiertamente que no atacarían los colegios electorales ni a los votantes. Tras esta aparente moderación se encuentra el deseo de muchos líderes sunníes de participar en el proceso electoral, ante las desastrosas consecuencias de su abstención en las elecciones de enero.

Algunos partidos sunníes se unieron en la coalición Frente del Acuerdo Irakí, liderada por Adan-Al Dulaimi, con la intención de presentarse a las elecciones. La relación de estos grupos con la insurgencia es ambigua. Por un lado han recibido amenazas, y algunos de sus miembros han sido atacados; por otro lado justifican la insurgencia como resistencia nacional contra el ocupante. Esta aparente contradicción tiene su origen en la diversidad de grupos insurgentes. Muchos grupos autóctonos comprenden que, junto a la acción armada, la comunidad sunní debe desarrollar una actividad política que les proporcione cierta representatividad en los órganos de gobierno. Los grupos de yihadistas extranjeros, y los grupos autóctonos más vinculados a ellos, mantienen sin embargo que la lucha armada es la única opción frente al ocupante y a un gobierno títere.

En el lado chií, la Alianza Unida sigue siendo mayoritaria. El apoyo que recibe de la clase religiosa ha sido de nuevo decisivo, pese a que en los meses anteriores a las elecciones el Gran Ayatollah Ali Sistani llegó a retirar públicamente su apoyo al grupo, al que acusaba de ineficiente y corrupto. Los chiíes encontraron en estas elecciones un panorama más complejo, ya que la mayor participación de ciudadanos sunníes podía aparentemente restarles muchos votos a favor del Frente del Acuerdo Irakí o de los moderados del ex-Primer Ministro Allawi, que se presentó de nuevo a las elecciones. En cuanto a los kurdos, la Alianza entre Barzani y Talabani se mantuvo; aunque sobre el terreno las diferencias entre ambos líderes y sus respectivos grupos siguen siendo sustanciales.

Los comicios se celebraron el 15 de diciembre en un ambiente de calma inusual. La participación fue, como de costumbre, masiva en las zonas chiíes y kurdas, pero también apreciable en algunas zonas sunníes, incluso en aquellas ciudades de la conflictiva región de Al Anbar donde fue posible votar. A falta de resultados definitivos en el momento de escribir estas líneas, los primeros escrutinios provisionales indican que la Alianza

Unida puede estar cerca de revalidar su mayoría absoluta. Esto ha provocado indignación en las filas sunníes que mantenían la esperanza de hacer mella en la mayoría chií con su voto. La indignación se ha transformado en acusaciones de fraude y manifestaciones callejeras, a las que se han unido los partidarios de Allawi, que se perfila de nuevo como el gran derrotado.

Evidentemente esta situación de tensión no resulta muy adecuada para frenar a la insurgencia que, tras una tregua relativa en diciembre, volvió a la carga con fuerza inusitada a principios de enero. Solo el día 5 de dicho mes murieron 143 personas, entre ellas 11 soldados norteamericanos, en diversos atentados. Como es habitual, las comunidades chiíes y los centros de reclutamiento se llevaron la peor parte. Pero además los insurgentes demostraron su fuerza provocando el cierre de la principal refinería irakí, en Baiji, mediante amenazas a sus trabajadores. El cierre provocó la enésima crisis de abastecimiento de carburantes, especialmente en la capital. Cuando el gobierno convenció a algunos trabajadores para retornar a sus puestos, e intentó hacer llegar un convoy de 60 cisternas a Bagdad, los insurgentes aparecieron por docenas destruyendo 20 de las cisternas, junto con tres vehículos de escolta. Esto supuso de nuevo el cierre de la refinería y una nueva oleada de protestas.

El episodio muestra el terrible grado de control que los grupos insurgentes pueden llegar a ejercer sobre la economía y la vida cotidiana del país. En este sentido, las exportaciones irakíes de petróleo cayeron en diciembre a su punto más bajo desde décadas atrás, mostrando la fragilidad de las esperanzas puestas en una rápida reconstrucción financiada por las ganancias obtenidas del crudo.

Pese a sus protestas iniciales, los grupos sunníes probablemente realizarán un ejercicio de pragmatismo intentando buscar alianzas con Allawi y los grupos kurdos para romper la previsible mayoría chií. Incluso se ha llegado a señalar al grupo de Moqtada al Sadr, al que los primeros escrutinios auguran excelentes resultados dentro del bloque Alianza Unida, como un posible aliado de los sunníes. En cualquier caso, la ascensión de grupos radicales como el de Al Sadr, y el debilitamiento de los más moderados, como el de Allawi, no auguran un futuro pacífico en Irak.

Con toda seguridad, las elecciones de diciembre no serán tampoco el acontecimiento decisivo que de fin al conflicto. Pero si se consolida cierta presencia sunní en las instituciones, y esta no es arrinconada por la previsible aplastante mayoría chií y kurda, podría tratarse de un dato positivo. El principal objetivo de los políticos sunníes es acabar con la

mayoría absoluta chií, lo que ampliaría su libertad de movimientos lo suficiente como para establecer alianzas con los partidos kurdos y los moderados de Allawi, jugando un papel de importancia superior a su previsible representación parlamentaria. Si los grupos políticos sunníes alcanzan cierto éxito en esas negociaciones podrían arrastrar al juego político a algunos grupos insurgentes, contribuyendo a aislar al sector yihadista. Pero, lo más probable es que la mayoría de los grupos insurgentes prefieran mantener un doble juego, gozando de cierta representación política, pero manteniendo al tiempo la brutal capacidad de presión que les proporciona la lucha armada.

Las esperanzas en que Irak se convierta en una democracia de corte occidental siguen pecando de ingenuidad, al menos de momento. Aunque se alaba, no sin razón, el heroísmo de los ciudadanos irakíes a la hora de acudir a las urnas, se olvida que la mayoría de ellos no lo hacen por un consolidado espíritu democrático, sino siguiendo fielmente las instrucciones de sus líderes, que en ocasiones tienen el carácter de precepto religioso. Como en cualquier estado sin una tradición democrática, en Irak serán necesarios muchos años para que la democracia se consolide de forma mínima. El proceso político actual, no obstante, tiene todo el valor de un primer paso.

CONCLUSIONES Y PROSPECTIVA. LA DIMENSIÓN INTERNACIONAL DEL CONFLICTO

Como ocurrió con otros conflictos aparentemente locales, como Vietnam, el conflicto iraquí combina una compleja trama de actores e intereses internacionales, lo que hace que sus consecuencias trasciendan de lo que pueda ocurrir en el país e incluso en el área regional de Oriente Medio.

El conflicto se desarrolla en tres niveles. En primer lugar, para EEUU y para los yihadistas internacionales, cuya representación más conocida es Al Qaeda, Irak es solo una batalla dentro de una guerra global. La administración Bush concibió la operación en Irak dentro de una compleja estrategia de lucha contra el terrorismo, combinada quizás con otros intereses anteriores a los atentados del 11 de septiembre. Para los yihadistas, Irak es una oportunidad que no se debe desaprovechar.

La caída de Saddam Hussein, y la sustitución de su régimen por una democracia próxima a Occidente podía traer numerosos beneficios para

EEUU: evitar que la experiencia irakí en la fabricación de armas de destrucción masiva cayese en manos de grupos terroristas; cambiar el esquema de alianzas en la región, controlando más estrechamente a una Arabia Saudí bajo sospecha desde el 11-S; romper el posible eje Siria-Irak-Irán, preocupación fundamental para Israel, manteniendo tanto a Damasco como a Teherán bajo control; moderar, a medio plazo, la tendencia al alza de los precios del petróleo, debilitando a la OPEP y permitiendo que las grandes reservas irakíes ayudasen a afrontar la demanda y, por último, la experiencia de un Irak democrático podría servir de ejemplo en una región plagada de dictaduras de diverso signo, provocando la caída de regímenes hostiles, y la aparición de un sentimiento más favorable a Occidente entre la población de la zona.

Para Al Qaeda y la Yihad internacional, Irak ha supuesto la oportunidad de compensar la derrota en Afganistán, abriendo un frente que les permite luchar directamente contra las fuerzas norteamericanas con el efecto propagandístico que eso tiene; atraer y entrenar nuevos militantes, e influir poderosamente en el devenir político de un área estratégicamente tan importante como es Oriente Medio. Conscientes de que una victoria en términos convencionales sobre EEUU resulta impensable, su estrategia se orienta a sumir en el caos al país, haciendo inútil la presencia de fuerzas extranjeras y convirtiendo el territorio irakí en un «agujero negro» que los grupos terroristas puedan utilizar como base para desestabilizar toda la región.

En un segundo nivel, centrado en el plano regional, se entremezclan las reacciones y las líneas de acción políticas y estratégicas que han adoptado los países de la zona ante la intervención de EEUU y las fuerzas de la Coalición. Para Siria e Irán, objetivos indirectos de la intervención norteamericana, la situación es muy preocupante. El régimen sirio, especialmente, se ha visto muy debilitado tanto por las acusaciones norteamericanas de permisividad con los insurgentes irakíes, como por las de complicidad en el asesinato del ex primer ministro libanés Rafic Hariri.

Damasco, que ha debido retirar sus fuerzas de Líbano, se enfrenta al peligro de sufrir sanciones económicas por parte de NNUU, y a una velada amenaza de intervención militar norteamericana. No obstante, el régimen también es consciente de que las posibilidades de esa intervención militar son cada vez más remotas y, si soporta la presión a corto plazo, lo que implica mantener sobre todo el control interno, probablemente salvará la situación. El apoyo a la insurgencia irakí parece ser más frío últimamen-

te, como medida táctica, pero si el régimen se siente acorralado, puede decidir apoyar al máximo a la insurgencia como medida de contrapresión.

Similar es el caso de Irán, que ha visto aumentar dramáticamente las presiones sobre su programa nuclear. En el caso iraní, no obstante, la reacción ha sido distinta, aupando al puesto de primer ministro al ultra-conservador alcalde de Teherán, Mahmud Ahmadinejad, y lanzando un mensaje de claro desafío a Occidente. Si una intervención norteamericana en Siria parece poco probable, en Irán sería prácticamente impensable. Con una población y un territorio que prácticamente triplican al irakí, y una población religiosa y étnicamente más homogénea, el intento de ocupación de Irán podría terminar en desastre, incluso para EEUU. Conscientes de ello, pero también de que se encuentran en el punto de mira de Washington, los dirigentes iraníes parecen haber apostado por acelerar su programa nuclear como medida preventiva, aunque siempre han negado oficialmente el carácter militar de dicho programa.

Para Irán el conflicto irakí presenta no solo problemas, sino también oportunidades, ya que el ascenso al poder de la mayoría chií supondría la anulación de un enemigo histórico y el aumento de las posibilidades iraníes para influir en la región. Sin embargo, la presunta vinculación de los chiíes irakíes con Irán, aunque cierta, se ha exagerado notablemente. Muchos de ellos mantienen una profunda desconfianza hacia su poderoso vecino que, aunque chií, no es árabe. De hecho el terrorismo y las acciones violentas en las zonas árabes de Irán se ha incrementado en el último año, señal de que a veces las diferencias étnicas y culturales son más profundas que las religiosas.

Otros actores de la zona siguen el conflicto con no menos interés. Para Arabia Saudí casi cualquier resultado del conflicto irakí será desfavorable. Un régimen democrático dominado por los chiíes supondría un aumento de la influencia iraní en la zona, y un ejemplo que podría desestabilizar el régimen. Pero la conversión de Irak en un paraíso terrorista sería aún peor, para un país que tiene ya serios problemas con Al Qaeda en su propio territorio. Turquía ve con creciente irritación la consolidación de un ente político kurdo en el norte de Irak, sobre todo después de que este parezca ir asociado con la reanudación de las acciones del PKK (4) en el sur y el este de su territorio, que ha provocado centenares de muertos en el último año. Por último, para Jordania, el conflicto irakí es una bomba de relo-

(4) El PKK es el Partido Kurdo de los Trabajadores, un grupo guerrillero y terrorista kurdo que protagonizó una sangrienta lucha contra el gobierno turco en los años 80 y 90.

jería, cuyas primeras consecuencias parecen haberse materializado con los atentados de noviembre en Ammán contra intereses occidentales. El alto porcentaje de población palestina, el gran número de irakíes que se han instalado en el país, la nacionalidad jordana de Abu Mussab al Zarquawi y el hecho de que Jordania sea el paso lógico que permitiría a los yihadistas actuar directamente contra Israel desde Irak, no contribuyen precisamente a aumentar la tranquilidad del régimen del Rey Abdallah.

Finalmente, en un tercer nivel meramente nacional, en Irak se contraponen los intereses de varios actores distintos. Por un lado los de la minoría sunní, profundamente alarmada por la pérdida del poder y el ascenso político chií y kurdo. Es aquí donde se encuentra la base de la insurgencia, que se entremezcla con los intereses de algunos países vecinos en que la intervención norteamericana resulte un fracaso. Frente a ellos surgen los intereses de dos comunidades solo unidas en su oposición al dominio sunní: los kurdos, partidarios de agotar al máximo las posibilidades del federalismo y los chiíes, cuyas motivaciones son más diversas y complejas. Una mayoría es partidaria de un régimen islámico, semejante al de su vecino iraní, mientras que otros grupos mantienen una óptica más próxima al nacionalismo árabe. Por último habría que reseñar a los grupos moderados, los que creen sinceramente en un régimen democrático, moderadamente islámico y pacífico con sus vecinos. Lamentablemente, como en todos los conflictos civiles, la voz de los moderados se apaga progresivamente ante el ascenso de los más radicales.

Esta tupida red de intereses en distintos niveles conforma una situación enormemente compleja, cuyas consecuencias son difíciles de prever, pero que probablemente serán decisivas en un sentido o en otro para el curso de la Historia, tanto para la nación irakí, como para Oriente Medio, la lucha global contra el terrorismo, o incluso el equilibrio de fuerzas en el mundo. Pese a que Irak no está entre los conflictos más sangrientos de las últimas décadas, (quizás 50-60.000 muertos hasta el momento (5) sus repercusiones van a ser sin duda muy importantes.

(5) Resulta difícil determinar el número de muertos en este conflicto por las informaciones contradictorias. En general se suelen citar los datos publicados en el Iraqí Body Count, expuesto en Internet por una organización privada, que señala entre 26.000 y 30.000 civiles y policías muertos hasta noviembre de 2005. Las bajas de la Coalición son mejor conocidas y ascienden a 2.354 (de ellas 2.153 norteamericanas) a 15 de diciembre. Los datos sobre bajas en el Ejército Irakí apuntan a unos 3.000-6.000 muertos durante el ataque de 2003, y a unos 2000 en el nuevo ejército irakí formado posteriormente. Por último las bajas de los insurgentes resultan imposibles de calcular. Probablemente han sido muy elevadas, y quizás alcancen los 20.000 muertos.

Para EEUU, la situación se mantiene poco favorable, aunque el último año haya significado una evolución moderadamente positiva. La materialización del proceso de transición política, más o menos según lo previsto, ya ha supuesto un éxito importante. No obstante, este proceso también ha destapado problemas, tensiones internas y tendencias que acechan el futuro irakí, incluso aunque la insurgencia fuese derrotada a medio plazo. En las actuales circunstancias los objetivos estratégicos iniciales de Washington se antojan difíciles de realizar en su totalidad y, probablemente, la Administración Bush podría darse por satisfecha con que en Irak se estableciese un régimen político mínimamente estable y no decididamente antioccidental.

La opción opuesta (que el país se sumerja en el caos) sería un desastre estratégico de proporciones colosales, muy superiores a los de la Guerra de Vietnam. Todo Oriente Medio quedaría desestabilizado sin remedio durante, al menos, una generación y, lo que es peor, el conflicto no habría finalizado. Vietnam del Norte y el Vietcong cesaron sus hostilidades contra EEUU en el momento en el que obtuvieron el control del territorio vietnamita, y sus dirigentes nunca pensaron en bombardear Washington y Nueva York. Pero las intenciones de los yihadistas y de Al Qaeda serían muy diferentes, y utilizarían Irak como un trampolín para futuras acciones de su guerra global contra los regímenes vecinos, Israel y el mundo occidental.

La intención de transformar Oriente Medio, estableciendo regímenes democráticos ha obtenido éxitos aceptables, con cambios de mayor o menor calado en Líbano, los Territorios Palestinos, Egipto e incluso Arabia Saudí. Pero los resultados de momento apuntan a que se trata de cambios más cosméticos que de fondo. Y no por que no exista una voluntad real de cambio en las sociedades de la zona, sino porque existen múltiples concepciones de hacia donde debe ir ese cambio. En este sentido EEUU no ha sabido presentar, ante las opiniones públicas árabes, una imagen de liberador. Al contrario, su imagen se ha deteriorado según avanzaba el conflicto irakí, apareciendo frecuentemente como agresor, despreciativo hacia la cultura árabe y manipulador. Este fallo de imagen ha supuesto una ventaja para los yihadistas que presentan su modelo alternativo de cambio, basado no en patrones occidentales, sino en el retorno al Islam más conservador.

Para estos últimos la evolución del conflicto está también lejos de ser positiva. La lucha en Irak ha mostrado los límites de las fuerzas armadas

norteamericanas, pero también los de Al Qaeda y grupos afines, que han sufrido un notable desgaste. Más preocupante todavía, desde su punto de vista, es que la propia insurgencia autóctona irakí empieza a rechazar, a veces violentamente, a los grupos extranjeros. Y las opiniones públicas árabes, aunque puedan sentir cierta simpatía por los yihadistas internacionales, contemplan cada vez con mayor horror la posibilidad de que estos acaben provocando situaciones similares a la de Irak en otros países de la región. Como ha ocurrido en conflictos anteriores, la brutalidad de los terroristas islámicos es frecuentemente su peor enemigo.

En el momento de escribir estas líneas, celebradas con relativa normalidad las elecciones legislativas de diciembre, la actitud sunní ante el proceso político parece una de las claves que determinarán el futuro del país. La sensación de los líderes sunníes de haber sido relegados durante el proceso electoral, y el hecho de que la Constitución haya estado a punto de no ser aprobada en el referéndum por el voto negativo en las zonas sunníes, han sido puntos negativos en los intentos por acercar esta minoría a la vida política. Por el contrario la participación en el referéndum constitucional y, sobre todo en las legislativas de diciembre son puntos positivos. Pero los primeros parecen superar ampliamente en repercusión a los segundos. De hecho, los políticos moderados sunníes solo lograrían presentarse como una alternativa a la insurgencia si lograsen concesiones políticas muy importantes, incluso desproporcionadas al porcentaje de población que representa esta minoría. Y ni kurdos ni chiíes parecen dispuestos a hacer ese tipo de concesiones.

Probablemente, las esperanzas en que las elecciones de diciembre spongan el comienzo del fin de la insurgencia son ilusorias, como lo fueron aquellas que precedieron a la toma de posesión del gobierno de Allawi el año pasado, a las elecciones de enero o al referéndum constitucional de octubre. El debilitamiento de la insurgencia necesitará tiempo y firmeza, combinados con una política conciliadora que no se quede en las meras palabras. Así parece entenderlo Washington, que está haciendo grandes esfuerzos para integrar a los sunníes en el proceso político, y evitar decisiones procedentes del gobierno irakí que puedan interpretarse como discriminatorias. Este giro en la política norteamericana demuestra una mayor madurez en la gestión política y estratégica del conflicto, y quizás muestra la mano en la sombra de la nueva Secretaria de Estado, Condoleezza Rice, que al gozar de una mayor confianza presidencial que su predecesor, Colin Powell, tiene también mayor margen de maniobra para aplicar medidas de moderación.

Pero este nuevo enfoque norteamericano del conflicto quizás llegue un poco tarde. Después de dos años y medio de hostilidades la insurgencia sunní parece haberse consolidado como una fuerza estable, bien organizada y difícil de derrotar. Por otra parte, tanto los chiíes como los kurdos han probado las mieles del poder, y no parece probable que estén dispuestos a compartirlas con la minoría que tanto les oprimió durante décadas. Aparte de eso la confusión reina en el país, con insurgentes, milicianos, terroristas internacionales y delincuentes comunes actuando a sus anchas. Y el cansancio hace mella, tanto en la opinión pública norteamericana como en la de sus aliados.

En esas circunstancias, la tentación de una retirada excesivamente rápida puede calar en el ánimo de los dirigentes norteamericanos; pero no se vislumbra una solución rápida para Irak. EEUU deberá todavía asumir costes y pérdidas humanas considerables, aparte de profundizar en su nueva visión del conflicto, más realista y moderada, antes de pensar en dejar la seguridad del país en manos de unas fuerzas del orden que, hoy por hoy, pueden ser fácilmente desafiadas tanto por la insurgencia como por las milicias. En definitiva, la administración norteamericana no se puede permitir abordar el final del conflicto con la misma ligereza con que lo inició.